

Prólogo: El cielo

Anoche corregí un cuento, es el primero de este libro y se titula “Eso es literatura”. Quizás sea el relato más humorístico de todos, aunque no el más maligno. El personaje que narra me gusta bastante, los otros dos son algo planos, pero sostienen a ese inmisericorde fabulador, su “amigo”. En realidad, siempre el fondo es lo que destaca a la figura central, pero no importa. Más me interesa que si hubiera un cielo de seres ficcionales, un cielo de tipo dantesco donde habitasen estos seres tras su desempeño, el narrador-personaje de la referida historia habitaría en un nivel 2. Es difícil que los protagonistas de cuento breve vivan más allá del 3, pero podemos encontrar algunos allí y hasta en el 4, tal como el asesino de “El corazón delator”, del gran Edgar Allan Poe, por mencionar alguno. También han de morar en ese cuarto cielo el donjuanesco doctor Havel de Kundera, la Mamá Grande de García Márquez, el viejo que pedía que no lo mataran de Juan Rulfo, el Cajoneador Alfonsín que sobrevaluaba la democracia nutriente y educadora, el Innumerable Menem de las inocentes patillas y el poncho facundino modelo '89 y, por supuesto, el Letárgico y Prometedor De La Rúa de la publicidad del “Voy a ser...”, entre muchos otros personajes menos patéticos o logrados. Qué sé yo, tantos seres imaginarios para tantos cielos. Pienso en el nivel uno. Los personajes más chatos, como los dos a los que hacía referencia al principio; tantos personajes secundarios, como el Borges-narrador de *Funes el memorioso*; tantos conductores e invitados de Talk-show. Borges-personaje, como Dante mismo, es omnipresente, habita en varios cielos a la vez y también suele visitar el Infierno cada tanto. Los conductores e invitados a Talk-show se aferran con uñas y dientes para no caer en el Averno, donde otros invitados, conductores, vedettes y políticos los esperan rechinando sus dentaduras postizas.

El séptimo cielo, el más alto para un personaje que no sea divino (en el cielo también prevalece la ley del más fuerte), alberga a Don Quijote y a Sancho (que recuperó sus innumerables muelas), a Sherlock Holmes (Watson suele conversar con él desde el 6º, aunque algunos afirman que es a la inversa), también están Hamlet, Melquíades y muchos de los Buendía, Bloom y Stephen Dedalus, La Maga, Martín Fierro, Fausto y su Demonio tentador, Rimbaud entre los 16 y los 19 años de edad, Edipo, el colérico Jehová en habitación VIP privada con baño turco incluido, las leves Teresa y Sabina con Don Juan Tenorio (Tomás se le parecía demasiado y

se quedó en el 6º), el viejo pescador Santiago (con el espinazo del pez), el Sócrates de Platón y el Jesús del nuevo testamento (no el que perdura en la mente y el corazón de los fieles), quien rechazó su habitación privada para estar en un modesto pesebre, custodiado por los cuatro jinetes del Apocalipsis, varios cruzados y Rasputín. Hay miles más para nombrar pero sé que se entiende de qué estoy hablando. Claro, sería injusto conmigo mismo si no mencionara a mi preferido, al astuto y divino Ulises de Homero, que está a la derecha del Padre, en El Empíreo, junto a la estridente *suite* de Charly García.

Comencé este prólogo nombrando a varios narradores. Sé que los que presento en este libro son total y absolutamente ficcionales, es decir, no serios (¡cuidado con algunos de ellos!). Por eso me gustaría que el lector sea benevolente y los salve, que les allane su camino al cielo ficcional. Vincent Nobit se me ocurre el más simpático; el innominado y omnisciente de *Liberación* quizás sea el más parco, y no objetaría demasiado su condenación, pero es apenas una voz informe. Menos mal que a este cielo no se accede por cuestiones morales, porque si no qué diría de la calladita de *Todo se aprende* o de Miguel Lampietra (con ese apellido merece al menos el Purgatorio que afirma no necesitar). Pero ojo con el que escribe en el bar, es el peor. A veces me gustaría ser descomedido como él y garabatear algo donde no hubiera narrador, algo sólo como una cámara, pero....

Me quedan las dos últimas reflexiones, y tal vez sendos pedidos. Por una parte, pobres de aquellos personajes no logrados: deformes criaturas que deambularán sin sentido por el Averno o por los rincones más oscuros del Purgatorio. Por favor, Dios, piedad con ellos. Por favor, escritor o lector, sé benevolente.

Por otra parte, ¿qué será de quien escribe estas líneas y de quien les habla en este momento? ¿Qué será de estos dos seres de fábula que se confunden? Con respecto a mí, al que les habla, no hay dudas: azufre y martirio eternos, por embustero y perjurio; pero el otro, el que escribe, ¿qué será de él? Espero que cambie esa actitud irreverente y le tenga algo de respeto al Misterio, porque tantos enemigos podrían condenarlo. De todas formas, de modo muy poco original, piensa dedicar el libro a su esposa Vanina y a sus hijos Iván y Enzo. La actitud puede considerarse buena, pero sólo lo salvará que se ocupe mejor de ellos, porque como personaje tan simple y vulgar que es, dudo mucho que haya un lugarcito para él en el cielo de la ficción.